

IX

Celos.

Las promesas hechas á Escoubere no debían ser vanas.

Elena había huido de la casa en el momento en que el desahogo iba á entrar en ella bajo la forma de un billete de mil francos.

Este billete providencial lo poseía ya el barítono.

Jamás habían tomado mejor giro sus asuntos metálicos.

En realidad, le querían en el teatro, y su director le había propuesto una nueva contrata, y, como prima, había obtenido el pobre hombre el milagroso billete de mil francos.

Pero desde que lo poseía no sabía que hacer de él.

Una especie de fiebre moral se había apoderado de él y le quemaba á fuego lento.

Además, aunque hubiera podido olvidar su desgracia, los compañeros se hubieran encargado de recordársela.

Las malas noticias se propagan con una rapidez increíble.

En la Opera todo el mundo sabía la fuga de Elena.

¿Cómo se había propagado la noticia?

Nadie lo sabía, pero la noticia había estallado como una mina al pegarla fuego.

Ahora bien; el barítono no carecía de envi-

diosos. Aunque Elena, bastante altiva y desdenosa para la atmósfera en que su marido se veía obligado á vivir, no se presentaba con él más que raras veces, y no tomaba parte en las ruidosas reuniones que se verificaban á la salida de los ensayos ó de las funciones; todo el mundo la conocía, ó al menos todo el mundo sabía que era muy guapa y de una gran distinción, hasta el extremo de que un bromista la había apellidado *La Marquesa*, apodo que subsistía.

No se la nombraba de otro modo.

Así es que la noticia de su fuga produjo entre aquellas gentes un efecto extraordinario.

En cuanto el marido se presentaba, todos tomaban un aspecto de afectuosa compasión que le irritaba.

Los compañeros le estrechaban la mano, diciendo con voz algo temblorosa:

—¿Qué hay de nuevo?

—¡No sé qué es de ella!

—¡Pobre amigo mío!

Hasta la señora Guignard, quien sin malicia alguna, en cuanto el barítono ponía los piés en la casa, salía á su encuentro y le preguntaba:

—¿Qué hay? ¿No hay medio de saber de ella?

El apresuraba la marcha y no contestaba.

En su casa, vacía y triste, le esperaba otro suplicio peor.

Todo le recordaba á la que no podía alejar de su memoria.

En la soledad de sus noches febriles evocaba sin cesar la imagen de Elena y se torturaba el corazón, preguntándose:

—¿Dónde estará? ¿Qué hará? ¿La encontraré?

¡Encontrarla!

¿Dónde?

En los primeros momentos de la fuga se había dicho que con valor, con actividad, á fuerza de investigaciones, y empleando sus momentos libres en esta pesquisa, llegaría al fin á descubrir el sitio en que se hubiese refugiado.

Pero cuando quiso dar principio á sus pesquisas, las dificultades de la empresa le parecieron tantas, que no tenían número.

El laberinto de avenidas, de calles y de boulevares le aterraba.

Aunque dedicara todos los momentos que le quedaban de vida á esta ocupación, no tendría tiempo bastante.

Habían pasado muy pocos días y ya se había apoderado de él un completo desaliento.

Su mujer se había perdido para siempre para él: así se lo decía; la lucha con el afortunado amante que se la había llevado era demasiado desigual; jamás podría darse la triste alegría de la venganza que él había soñado.

Entonces empezó á odiar la casa, en donde no podía vivir ya desde el día en que, la que era su encanto, dejó de estar en ella.

Una mañana, después de haber pasado una noche terrible, entró en casa de Krug en el momento en que el suizo con su caja de pinturas en la mano salía para el Louvre.

—Venid conmigo—le dijo,—tengo lo que deseaba para vos.

—¿Qué?

—Vais á ver.

Llevó al pintor al boulevard Montparnasse.

Allí, en un vasto patio rodeado de edificios enyesados, había algunos de esos talleres que reciben la luz de cierto modo y que gustan á los escultores y pintores.

En el último piso había escogido Escoubere un cuarto de tres habitaciones en que podía acomodarse una familia que no fuese numerosa.

En aquel taller la luz era de un efecto admirable.

Krug se quedó maravillado.

—¿Os conviene esto?—preguntó el gascón.

—¡Ya lo creo!

—Aquí haréis obras maestras.

—¡No os burléis de mí!

—¡Sí, sí, las haréis, no seais tan modesto!

—Lo intentaré, pero...

—Falta el dinero, ¿eh?

—¡Ay!

—¡No os inquieteis por eso, cuesta el alquiler quinientos francos y ya he pagado un año!

—¡Yo no puedo aceptar!...—balbució el antiguo guardia del Papa.—¡No, decididamente no, es demasiado!

—¡Bah!—dijo el Gascón ya sabéis que es dinero bien ganado este.—Yo no sabía que hacer de él. Con cien francos al mes sería feliz como un rey, y tengo más. ¡Mi billete de mil francos me estorba!... Me deshago de él. Tanto mejor si eso os trae la suerte. ¡Cuando os hayais hecho celebre, me ofrecereis mi retrato!

Krug no sabía que hacer.

El taller le tentaba.

Aquella era para él tal vez la única ocasión de éxito.

El Gascón repuso con bondad.

—Es demasiado tarde para rehusar: está hecho el trato. Me lo devolveréis cuando podáis. No creais que he tocado al dinero del miserable que me ha robado. ¡Su dinero está aquí!...

Y enseñó al pintor el sobre cerrado con la cre negro que contenía los diez mil francos del señor de Corbière.

Rechinó los dientes.

—¡Oh! yo encontraré á ese hombre—dijo—ó el diablo será quien lo impida.

—¿Por qué os atormentáis así?—le dijo el pintor.

Escoubere le miró con ojos extraviados.

—¿No habéis amado?—le preguntó.—¿Acaso tenéis un guijarro en el lugar del corazón?

—¿Cuándo el mal es irreparable para que obstinarse?

—¿Irreparable, quién sabe?—murmuró el Gascón fundándose en una vaga esperanza. Elena ha podido dejarse deslumbrar, arrastrar. Es tan tentador el lujo, la fortuna, el bienestar. Y es rico el hombre que arroja diez mil francos como cebo á un marido despojado, como se arroja un hueso á un perro para impedirle que muerda. ¡Si yo la viese la hablaría y entonces me decidiría! Pero es preciso que la vea y la verá.

Hablando así habían salido de la casa y llegado á la calle de Rennes.

Escoubere gesticulaba con ira y hablaba alto, sin preocuparse de la gente que pasaba y que se detenía para mirarle.

Un caballero de edad madura, que iba del brazo de otro, ambos personas serias y ambos condecorados, dijo á su compañero:

—¡Ese desgraciado está loco!

Escoubere le oyó, y volviéndose hacia él:

—¡Tan loco como tú, viejo estúpido!—le contestó.

El caballero no hizo caso de la interrupción y siguió diciendo:

—O se volverá si ya no lo está, os lo aseguro.

Aquel hombre era sin duda algun doctor especialista. Algun médico aliénista, medio loco tambien, como lo están todos ellos ó llegan á estarlo.

Esta es la regla.

Se citan excepciones, pero son raras.

La fisonomía del anciano y la tranquilidad con que pronunció su horóscopo, llamaron la atención de Escoubere.

Iba á replicar de nuevo, pero no se atrevió.

Los dos caballeros continuaron su camino sin ocuparse de él.

Se cogió del brazo del suizo y dió algunos pasos en silencio.

Y al cabo de un rato, repuso:

—¡Tiene razón ese profeta de la desgracia! Si no encuentro á Elena, sí, me volveré loco. Jamás hubiera yo creído que mi cariño hacia esa mujer pudiese ser tan violento... tan profundo...

El pintor le repetía en vano:

—¡Calmáos,.. calmáos!... Si... la encontrareis. ¡No hay tantas casas donde pueda vivir!... Es preciso una casualidad,.. se presentará... Ella no puede odiaros... ¡Erais tan bueno para ella!

Y como consuelo supremo añadió:

—¡En fin, hay otras que se considerarían felices de poder ocupar su puesto!... ¡Vos me receis ser amado!...

Escoubère se rió como un insensato.

¡Otras!

El amigo Krug quería burlarse de él.

¿Dónde había visto alguna que pudiese compararse con aquella de que él hablaba?

Se calló.

De pronto cambió de pensamiento y preguntó á Krug:

—¿Y vuestra protegida?

Krug suspiró.

—Otra desgraciada que tendrá que sufrir mucho—dijo.—La pobre muchacha es, sin embargo, buena y cariñosa. ¡Da lástima ver una criatura tan joven y abandonada! Ya véis, no tiene más que diez y ocho años. ¡Tiene muchas miserias que pasar!

—Ha hecho una locura.

—Sin duda; pero la espía cruelmente.

—Ha sido una suerte para ella encontraros en su camino.

—¡Yo no puedo hacer nada por ella!

—¿Trabaja?

—¡Con pasión!

—¿Haréis de ella algo bueno?

—¡Eso quisiera! ¡Es muy lista! ¡La doy di-

bujos y los reproduce de una manera sorprendente! Hace todo lo que quiere. Maneja el pincel y el lápiz como si los hubiera inventado... ¡Pero, amigo mío, hace tantos años que trabajo yo! Y me atrevo á decir que yo tenía también disposición. ¡Pues bien; ya veis adónde he llegado! ¡Apenas tiene recursos!... Dentro de pocos días tendrá que...

—Entrar en el hospital...—concluyó brutalmente el corista. ¡Cuando se sale de allí, sirve uno para poco y nadie le quiere! ¡Es desconsolador!

Entraron en la calle del Echaudé.

Llegaron á la puerta de la casa en que habitaban. Allí se pararon, y Escoubère dijo al pintor:

—¿De modo que queda convenido lo del taller?

—Pero...

—Yo lo quiero... Si decis que no, no creeré más en vuestra amistad.

—¡Sea, pues!—murmuró Krug.—¡Pero sois demasiado bueno!

—Es posible—dijo el gascón.—¡Entremos!

La señora Guignard estaba en el portal.

—¿Qué es lo que os debo?—la preguntó el gascón.

Ella le miró sorprendida.

—Tres meses de alquiler á setenta francos por mes, doscientos diez francos—dijo.

—¿Y no hay nada que abonar al marcharse?

—Sin duda... Pero vos no pensaréis en abandonarnos, ¿eh?

—Sí.

—¡Oh, señor Escoubere!

—Y hasta perdono al señor Quillet el importe de los días que faltan para los tres meses.

—No es posible que os marchéis.

—¡Sí, sí! Si tengo alguna carta, recogedla; yo vendré por ella. Me voy á vivir con Brossois.

—¡Cuánto lo siento! ¡Os queremos tanto! No debíerais marcharos.

—Sí; porque no puedo estar aquí.

—¿Por qué?

El corista bajó la voz.

—¿Por qué? ¡Os soy franco, señora Guignard: hay noches en que creo volverme loco! Con Brossois no estaré solo... El se burlará de mí, y eso me dará ánimos tal vez. ¿Comprendéis?

—Sí.

—Doscientos diez francos decimos, ¿no es eso?

—Justos.

El baritono contó los doscientos diez francos.

—Aquí los tenéis, señora Guignard—dijo,—y estos cinco francos para vos; esta será nuestra despedida—añadió procurando reír.

—Lo siento mucho, creedme. Erais la alegría de la casa. ¿Qué va á ser de mí sin vos? ¿Y qué va á ser del pobre suizo?

—¡Pobre hombre! ¡No nada en la abundancia, no!

Y tocándose la frente añadió:

—Y á propósito; olvidaba un encargo. ¿Qué es lo que él os debe?

—¿Os ha encargado de pagarlo?

—Precisamente. De eso hablábamos cuando nos habéis visto.

—¿Ha heredado?

—¡Casi casi!... ¡Ha vendido unos cuadros!... ¿Me decís su cuenta?

—Como vos, tres meses; doscientos diez francos.

—Tomadlos. Yo creo que va á abandonaros también.

—¿Adónde va á ir?

—Al boulevard Montparnasse. Ha encontrado allí un taller muy barato.

—¡El pícaro!... ¡Y no ha dicho nada!

—¡Bueno; voy en busca de mi cama... lo demás lo venderé!

—Haréis bien; quitar recuerdos de en medio.

Escoubere subió la escalera de cuatro en cuatro peldaños para ocultar su emoción.

Desde la ventana llamó á un mozo de cordel que estaba en la esquina del boulevard.

En un momento enrolló los colchones, las mantas y las sábanas, las ató y se las echó á la espalda del auvernés.

Después metió en un saco algunos objetos de tocador.

Este era todo su equipaje.

Cuando salió, después de haberse despedido de los recuerdos de que huía con tanta precipitación, la puerta de Krug estaba abierta.

Entró, estrechó la mano de sus amigos, y la de la pobre Teresa, que esperaba á su profesor para salir con él.

—¡Animo!—la dijo al oído.—¡Es preciso tener mucho ánimo en esta vida!

Después dijo á Krug:

—¡Podéis marcharos cuando queráis! Ya no debéis nada aquí! ¡Todo está pagado!

¡Y sin esperar á que le dieran las gracias se marchó!

Cuando llegó á la calle Guénegaud, subió una ancha escalera de piedra, cuyos pedruzcos goteaban por la niebla y la lluvia que caía.

Cuando llegó á todo lo alto de la escalera, seguido por el mozo de cuerda, llamó á una puerta que daba á un corredor.

Una voz de bajo profundo contestó:

—¡Adelante!

Escoubére abrió y entró.

Brossois no se sorprendió al ver á su compañero, que iba seguido del Auvernés, que llevaba su equipaje.

—Te esperaba—dijo,—y hasta pensaba que vendrías antes.

La instalación se hizo en pocos minutos.

Brossois disfrutaba, esta era su palabra, de una sala y de un gabinete.

La sala era grande y bastante alegre, y estaba alumbrada por una inmensa ventana.

El gabinete era pequeño, no entraba en él la luz más que por un ventanillo situado á ocho pies del suelo.

—Escoge—dijo Brossois.

El barítono, á pesar de la insistencia de su amigo porque se instalase en la sala, eligió el gabinete.

—Bueno, cuando te canses de estar ahí cambiaremos—dijo su amigo.

A partir de este momento no debían volver á separarse.

Tres días después, la casa de la calle del Echaudé perdió otro inquilino.

La familia Krug emigró con armas y bagajes al boulevard Montparnasse.

Y cuando llegó la noche, Teresa, encontrándose en su guardilla, lejos de los vecinos que la sostenían con sus consejos y su amistad, se echó en la cama, vestida, y lloró amargamente.

Por primera vez, después de su partida de la Boca del Lobo, se creía verdaderamente sola.